



**DESCONCIERTOS**

**Miguel Medina Vicario**



**Fragmento**

**PERSONAJES:**

ÉL  
ELLA

## ACTO I

*(Noche de espantosa tormenta. Ensordecen los truenos, y los relámpagos desgarran la oscuridad de una escena todavía confusa.*

*Golpes en alguna puerta que se repiten sin contestación. Una luz poco generosa perfila la puerta, que se abre lentamente. Tomando todo tipo de precauciones, aparece un hombre joven con gesto profundamente despistado. Viste impecablemente. Cabello al agua y maletín de fina piel. Pudiera ser un ejecutivo. Se ilumina lentamente la escena hasta dejarnos ver un lugar sorprendente: puerta y ventana en un lateral. Al fondo, pintada de múltiples colores, una segunda puerta comunica con el interior. Todos los muebles se encuentran ocultos bajo telas de llamativos estampados. Por todas partes, candelabros de diferentes formas y materiales culminados por velas, algunas de ellas encendidas. Las paredes totalmente empapeladas con imágenes piadosas, cantantes, actores y líderes revolucionarios de las doradas décadas de los 60/70.)*

ÉL.— *(Contempla con asombro el absurdo panorama.)* ¡Por favor! ¿Hay alguien por ahí? ¿Me escuchan?

*(Mira a uno y otro lado hasta comprobar que se encuentra solo. Con evidente nerviosismo, hace aparecer un teléfono móvil que maneja tomando todo tipo de precauciones para no ser visto.)*

ÉL.— *(Al teléfono.)* ¿Jesús Mario...? Yo, sí. No voy a ser el

ministro del Interior. ¿También has dado el teléfono al ministro de Interior, o qué...? Lo digo porque con este lío a saber lo que se te ha ocurrido. Vomité, sí, no te preocupes. Pero esta vez pude llegar al servicio. El avión hizo un extraño que a todos les pareció tan normal y que a mí me empotró limpiamente en el lavabo. La azafata gritó ¡entró, entró!, y hubo aplausos del pasaje. Un vuelo perfecto, ya te digo. El coche estaba reservado y todo resultó muy discreto. Ni una sospecha. Oye, ¿tienes un radar a mano? Porque vas a tener que buscarme con algo potente, ¿sabes? ¡Estoy perdido! ¡Y yo qué sé! Joder, si lo supiera no estaría perdido. Dejé la autopista en una desviación mal señalizada y desde entonces estoy dando tumbos por caminos infernales. Está cayendo una tormenta de película de terror, y el maldito coche se paró. Pues como se paran todos los coches, dejando de funcionar. De pronto, ¡zas!, se quedó seco. Esto es un diluvio, pero el coche seco, ya ves. Te advertí que el asunto no podía salir bien. Diles que esperen. Que llegar luego, pero que no sé cuándo. *(Mira a su alrededor.)* De momento... refugiado en una casa que parece deshabitada. Tampoco te creas que es un hotel de cinco estrellas. Tiene pinta de iglesia rara. Bueno, entre iglesia, discoteca y casa del pueblo, para ser más exacto. *(Algunos sonidos fuera.)* ¡Me parece que viene alguien! Te llamo en cuanto pueda. ¡No te muevas de ahí, que no sabes lo que está cayendo aquí! ¡Venga!

*(Esconde precipitadamente el teléfono. Ante ÉL, como una fantástica aparición, una mujer de edad indefinida y gesto ausente. Su maquillaje y vestuario recuerdan a ciertas sacerdotisas. Sin fijarse demasiado en ÉL, la mujer va encendiendo lentamente algunas velas.)*

ELLA.— ¿Hablaba usted con alguien...?

ÉL.— ¡No, no! Pero lo intentaba. Quisiera localizar al dueño de la casa.

ELLA.— Yo soy la dueña. ¿Qué desea?

ÉL.— Encontrarme. Quiero decir que... estoy perdido.

ELLA.— *(Esotérica a más no poder.)* No es usted el único hombre

que se pierde en este mundo, y si a todos les diera por venir a mi casa...

ÉL.— Sería un tumulto de “okupas”, me hago cargo. No, verás, lo mío es menos aparatoso: se trata del coche. Se averió pegadito a su puerta, supongo que por culpa del barro.

ELLA.— ¿De qué barro?

ÉL.— Un cenagal lo de ahí fuera. Con lo que está cayendo, la tierra se humedece y...

ELLA.— ¿Cómo se va a humedecer la tierra si por aquí hace años que no llueve? El Planeta se está desertizando.

ÉL.— No sabe lo que lo siento. Pero ahora llueve a cántaros. Mire, mire cómo me he puesto.

ELLA.— Muy elegante, pero sinceramente no es mi estilo.

ÉL.— ¡Empapado! Es un desastre lo empapado que estoy.

ELLA.— ¿Cómo dice que está?

ÉL.— ¡Chorreando! ¿No lo ve?

ELLA.— No señor. No veo que chorree usted por ninguna parte.

*(El hombre mira sus ropas y comprueba que, en efecto, están totalmente secas.)*

ÉL.— *(Admirado.)* Oiga, ¿esta casa centrifuga...? Porque yo le juro que hace un momento...

ELLA.— ¿Qué le ocurre?

ÉL.— Que no entiendo nada

ELLA.— Pues imagínese yo.

ÉL.— La tormenta, la lluvia... Ahí fuera está cayendo la de Noé, se puede comprobar. Vamos, no hay más que... *(Abre la puerta y queda paralizado.)* Bueno, las tormentas también tienen un límite, como todo.

ELLA.— Y la tierra está totalmente seca, ¿verdad?

ÉL.— Verdad. *(Rebelándose.)* ¡Pero si hace un momento...!

ELLA.— Hace un momento tronaba, pero no llovía. Yo estaba fuera, intentando descubrir algunas estrellas. Su brillo tranquiliza, ayuda a dormir. ¿Usted duerme bien?

ÉL.— Cuando puedo, señora. Y por lo visto hoy no es el caso.

ELLA.— ¿No necesita mirar las estrellas para descargarse de

tensiones?

ÉL.— Mire, si usted pudiera indicarme un hotel y un taller donde yo y mi coche pudiéramos pasar la noche...

ELLA.— (*Riendo.*) No le falta sentido del humor.

ÉL.— Será porque lo gasto poco en noches como ésta.

ELLA.— Usted debe saber que aquí carecemos de hoteles y garajes.

ÉL.— A estas alturas eso debe ser inconstitucional.

ELLA.— A estas alturas de las montañas, quiere decir.

ÉL.— ¿De qué montañas?

(*La mujer sonrío pícaro y continúa encendiendo velas.*)

ÉL.— Se fue la luz, ¿no? Con las tormentas... suele ocurrir.

ELLA.— (*Sin hacer caso a la pregunta, señala las imágenes de las paredes.*) ¿En qué santo cree usted?

ÉL.— En San Sebastián, que es donde viven mis padres. ¿Usted tiene padres en San Sebastián o por ahí?

ELLA.— Por ahí... sí.

ÉL.— De viaje los tiene, ¿no? Con el INSERSO, de vacaciones para que se entretengan. Esas edades requieren mucha tranquilidad. No como nosotros, que no paramos.

ELLA.— Mis padres están en el firmamento, los tengo perfectamente localizados.

ÉL.— ¿En el firmamento con el INSERSO...? Hasta hace poco preferían Benidorm.

ELLA.— En el firmamento con Elvis Presley, Bakunin, el Che Guevara, Sartre, Marcuse, y todos los que nos hicieron felices cuando todavía se podía creer en la felicidad. Allí nos esperan cómodamente hasta que dentro de cinco o seis millones de años la Tierra se convierta en polvo de estrellas, que es cosa científicamente probada.

ÉL.— ¡No puede imaginarse lo que me tranquiliza en estos momentos saber lo que ocurrirá dentro de cinco millones de años!

ELLA.— Pues es cuestión de paciencia, caballero.

ÉL.— Paul. Me llamo Paul.

ELLA.— ¡Qué hermosura de nombre! Paul, como Paul Anka.  
ÉL.— Paul... como mi padrino, un inglés que tenía negocios con mi padre.  
ELLA.— Yo me llamo Pilar.  
ÉL.— Como la virgen. Tampoco está mal.  
ELLA.— ¿Quiere escuchar una canción de su tocayo? Mire, mire que maravilla... (*Chasca los dedos y suena "Adán y Eva".*) El paraíso, los dos solos... ¿Qué le parece?  
ÉL.— (*Confuso.*) Moderno. Muy moderno.  
ELLA.— Es que ciertas cosas nunca pasan de moda.  
ÉL.— Me refiero al mecanismo para poner en marcha el compacto. (*Busca con la mirada.*) Tiene buena instalación de sonido. ¡Tecnología punta! Por cierto, que ya ha vuelto la luz, porque si no, no...  
ELLA.— Aquí carecemos de energía eléctrica.  
ÉL.— Entonces... ¿la música...?  
ELLA.— Baja de las estrellas. Es música celestial de primera mano.  
ÉL.— (*Atontado por momentos.*) Comprendo perfectamente. De manera que ni garajes, ni hoteles, ni luz, ¿eh?  
ELLA.— ¿Le extraña?  
ÉL.— No, no... Es lo que los políticos definen hoy como sociedad del bienestar.  
ELLA.— Póngase cómodo. Deje el maletín donde quiera.  
ÉL.— (*Con evidente tensión, sujeta con fuerza el maletín.*) Muy amable, pero no es necesario. Gracias de todas formas. No deseo molestar más. Pasaré la noche en el coche.  
ELLA.— ¿No teme a los lobos?  
ÉL.— ¿Tiene usted lobos por aquí?  
ELLA.— Suelen bajar.  
ÉL.— Buscando un hotel, como yo.  
ELLA.— Buscando a quienes buscan un hotel.  
ÉL.— O sea, que al lado del aeropuerto... hay lobos.  
ELLA.— ¿De qué aeropuerto?  
ÉL.— El que está cerca de la ciudad.  
ELLA.— ¿De qué ciudad?  
ÉL.— La que está cerca del aeropuerto. Yo he llegado en un vuelo

regular, quiero decir que no demasiado bueno.

ELLA.— Sinceramente, creo que está usted perdido.

ÉL.— ¡Por fin lo comprende! Eso es justamente lo que estoy. Pero no debo ser un perdido normal, de los que se despistan un poco y ya está. Lo mío parece más grave. ¿Usted podría ayudarme? Voy con cierta prisa, como todo el mundo.

ELLA.— Sepa que está a muchos kilómetros de la ciudad.

ÉL.— ¿Qué son para usted muchos kilómetros?

ELLA.— Más de doscientos.

ÉL.— *(Mecánicamente.)* Sí, para mí también son muchos. *(Reaccionando.)* ¿Más de doscientos...? Pero si apenas llevo media hora extraviado.

ELLA.— ¿Sólo media hora? ¿Y el resto de su vida... no?

ÉL.— Señora...

ELLA.— Pilar.

ÉL.— Señora Pilar, se encuentra usted ante un hombre profundamente confundido.

ELLA.— Y que seguramente necesita una copa para reponerse.

ÉL.— Pudiera ser.

ELLA.— Voy por ella. Tome asiento con toda confianza.

*(La mujer desaparece y al hombre le falta tiempo para teclear en el teléfono.)*

ÉL.— *(Habla en voz baja.)* ¡Jesús Mario! No, no estoy afónico por el chaparrón. ¡Qué más quisiera yo que la lluvia mojara! Ahora lo que importa son los lobos y la música celestial. Nada, nada, déjalo, ya te lo explicaré más despacio un siglo de éstos. Resulta que la casa no está vacía, al contrario, está que revienta de cosas rarísimas. La dueña es una mujer extraña. Ya sé que todas son extrañas, pero ésta, además, tiene algo de bruja. *(Angustiado.)* ¡Búscame, por Dios! Búscame porque yo no me hallo. ¿Cómo vas a avisar a la policía? ¡Tú estás loco! Primero me cargas con el maletín y luego quieres ponerme detrás a los GEOS. No, no tengo ni puñetera idea de cómo se llega al Cáucaso en treinta minutos. Oye, que me parece que vuelve la pitonisa. ¡No, no me llames tú! No seas



insensato. ¡Venga!

*(El hombre esconde precipitadamente el teléfono. Aparece ELLA con un pequeño ataúd entre las manos.)*

ELLA.— *(Abre el féretro y extrae de él una botella y una copa.)*  
Sírvase.

ÉL.— *(Mira alucinado el singular envoltorio.)* Esto debe resucitar a los muertos.

ELLA.— *(Enigmática.)* ¿Usted cree que los muertos resucitan?

ÉL.— *(Bebiendo.)* En cualquier otro momento le hubiera asegurado que no, pero en esta situación comienzo a tener mis serias dudas.

ELLA.— ¿Qué tiene de especial esta situación?

ÉL.— Puede que yo me alarme por cualquier cosa, no se lo niego. Pero, fíjese, en unos minutos el camino del aeropuerto a la ciudad desaparece y me encuentro a doscientos kilómetros de un hotel, rodeado de lobos, de velas, de estampas, de lluvia que no moja. Y usted... es muy amable, desde luego, pero maneja la discoteca de forma rara. Para mi gusto un poquito desconcertante todo, le soy sincero.

*(La mujer se limita a dibujar una inquietante sonrisa.)*

ÉL.— ¿Se encuentra bien en este lugar?

ELLA.— Es mi templo particular.

ÉL.— El de la virgen del Pilar resulta más aparente. Claro que cuentan con mejores medios, como lo esponsoriza el Vaticano...

ELLA.— Pero allí no se pueden officiar misas marxistas, que es mi pasión.

ÉL.— Con lo delicado de salud que se encuentra el Papa, no se atreverán a proponérselo. ¿Le puedo preguntar a qué secta pertenece? Porque lo de misas negras me suena, pero misas rojas, la verdad...

ELLA.— Sintetizo lo más regenerador del pensamiento humano y me hago un paquete ideológico que te chupas los dedos del

alma.

ÉL.— ¡Ya! Oiga, ¿de verdad estamos a doscientos kilómetros de la ciudad?

ELLA.— Puede usted comprobarlo.

ÉL.— Si el coche se pusiera en marcha... ¿Le importa que lo intente otra vez, ahora que no llueve?

ELLA.— Antes tampoco llovía. ¿Por qué se empeña en mentir?

ÉL.— ¿Y no será que por esta zona ocurren cosas... dudosamente normales?

*(De repente, la mujer tiene un gesto de dolor y cae sobre uno de los sillones.)*

ELLA.— ¡Por favor! ¡El dolor! Intenso, insoportable. ¡Avisé a un médico!

ÉL.— Oiga... ¿Qué...? ¿Dónde quiere que encuentre un médico?

ELLA.— *(Con un hilo de voz.)* ¡Confesión, confesión!

*(Tras un suspiro, la mujer queda paralizada, como muerta.)*

ÉL.— ¡Oiga, oiga...! Que todavía no se ha confesado. ¿Me escucha? Dios mío, parece que no respira. ¡Qué noche! ¿Y qué hago yo aquí, con la bruja muerta, sin luz, sin coche, sin lluvia! ¡En la que me has metido, Jesús Mario! Esto no te lo perdono aunque me haga más rico que tú. ¡Señora, señora, por favor! No se muera usted en mi presencia, que apenas nos conocemos. Que me compromete usted, señora. ¿No comprende que ni siquiera sé dónde enterrarla?

*(La mujer abre los ojos tranquilamente y habla con toda normalidad.)*

ELLA.— En el jardín. Si me muero en algún momento puede enterrarme en el jardín. El lugar está señalizado con una cruz y un martillo.

ÉL.— *(Asustadísimo.)* ¡Señora!

ELLA.— *(Se incorpora.)* No era más que un ensayo general con

público.

ÉL.— ¿Cómo que un ensayo...? ¿Es que ahora estamos representando una comedia?

ELLA.— Lo hago con frecuencia. No me gustaría morirme sin dignidad, como le ocurre a la mayoría de la gente. Y eso se debe a que no practicamos. Nada más nacer ensayamos a pleno pulmón lo que será una constante en nuestra vida, el llanto. Pero a nadie se le ocurre prepararse para su último momento, que es el más importante.

ÉL.— (*Decidido, va hacia la puerta.*) Señora, definitivamente me voy con los lobos.

ELLA.— Perdone, creo que le he asustado.

ÉL.— ¿Asustado? Me empapo y no me mojo, chasca usted los dedos y sale cantando un tío antiguo, en unos minutos me encuentro haciendo alpinismo, agoniza usted por placer, y encima pretende que sólo esté asustado. Lo que estoy es para los lobos, ya le digo.

ELLA.— No se ofenda, pero resulta usted demasiado sensible para los tiempos que corren. ¿No ha visto morir a nadie? Nos cosificamos, ¿sabe? Imagínese la bromita de la naturaleza: toda la vida pagando impuestos para terminar exactamente igual de tiesos que los que no cotizaron nunca.

ÉL.— Con los servicios que tiene aquí, poco le reclamarán los de Hacienda.

ELLA.— No lo crea. El canon de libertad se pone por un pico en las montañas. Usted no lo paga porque en la ciudad nadie es libre y hasta ahora no se han atrevido, pero con lo del euro ya nadie puede estar seguro de nada.

ÉL.— (*Toma la botella.*) ¿Le importa que profane otra vez el feretrito mientras esperamos el fin del mundo?

ELLA.— Está a su entera disposición. Lo tengo en gran aprecio. Me lo regaló un amante sepulturero que llevaba la vocación en la sangre. ¡Qué hombre! Te querías morir cuando estabas con él. Y al parecer más de una, además de quererlo, lo consiguió con todo éxito. ¿Usted trabaja por vocación?

ÉL.— (*Tras alguna vacilación.*) Hace años... sí. En realidad, lo mío siempre ha sido el trapecio.

ELLA.— ¿Le gusta andar en la cuerda floja?

ÉL.— Trabajé en un circo durante varios años. ¡Los mejores de mi vida!

ELLA.— ¿Y lo dejó? ¿Por un accidente?

ÉL.— Mío no, de la empresa. Era un circo ruso y cuando desapareció la Unión Soviética tuvo que regresar para ser reconvertido en hamburguesería americana. También perdí a mi novia, que era malabarista de platos y la reciclaron para jefa de camareras por su dilatada experiencia. Durante los cinco años que estuvimos juntos no logramos entendernos ni una palabra. ¿Se imagina qué felicidad? Caí en una profunda depresión. Lo intenté todo para recuperarme: carmelita descalzo, drogadicto, travestido, Opus, testigo de Jehová... Incluso me tentó la política y la literatura.

ELLA.— ¿A tanto llegó su desesperación?

ÉL.— ¡Ya lo creo! Un estado deplorable. (*Bebe.*) A lo mejor todo esto le parece un poco incomprensible.

ELLA.— ¡En absoluto! Casos parecidos he conocido yo a montones. (*Tras una pausa, señala el maletín.*) ¿En qué trabaja ahora?

ÉL.— Como me había pasado la juventud en el aire, quise caer en lo más bajo para intentar olvidar. Me hice economista. Para vengarme de la economía de mercado, terminé la carrera y el doctorado en seis meses. Descubrí que gracias a la mala leche que se me había quedado me encontraba perfectamente dotado para el mundo de los negocios.

ELLA.— ¿Negocios limpios?

ÉL.— Como todo en la vida.

ELLA.— Entonces no serán muy de fiar, porque la vida... Mi sepulturero siempre me lo repetía para culminar nuestros momentos de pasión: Pilar, no me digas vida mía, que la vida vale muy poco. Es lo que se logra con menor esfuerzo y se pierde con mayor facilidad. ¡Si lo sabré yo! (*Suspira con añoranza.*) Un verdadero filósofo mi hombre. Nos bailábamos unas cosas en aquellos guateques...

(*La mujer chasca los dedos y se escucha "It's now or never",*

de Elvis Presley.)

ÉL.— (*Desesperado, busca la procedencia de la música.*) ¡Imposible!  
(*Bebe directamente de la botella.*) No puede ser.  
Definitivamente... ¡no puede ser!

ELLA.— Y luego, ¡todos a manifestarnos contra los americanos!  
Nos gustaba su música, pero no sus ideas. ¡Cosas de la  
juventud!

ÉL.— Pilar, yo... Lo siento, pero no me ha quedado más remedio  
que mentir.

ELLA.— ¿No se licenció en seis meses?

ÉL.— Me refiero a la música celestial. Le aseguré que lo entendía,  
pero no es verdad. Puedo comprender que medio planeta se  
muera de hambre por legítimos intereses financieros del otro  
medio, pero eso de que los discos los graben en otras galaxias...

ELLA.— No se preocupe, yo también le engañé un poquito. Me dio  
vergüenza confesarle la verdad sobre el asunto.

ÉL.— Tiene algún truco escondido por ahí, ¿no?

ELLA.— En mi cabeza. Poseo... ciertas facultades.

ÉL.— Es usted bruja, ¿verdad? ¿Por qué no utiliza sus poderes  
para que el coche se ponga en marcha y pueda continuar el  
viaje?

ELLA.— Lo siento, pero no trabajo el mundo del automóvil. Mis  
poderes son limitados. Soy una hechicera local; no como las de  
Maastricht, que hasta saben varios idiomas. Estoy  
especializada en añoranzas. Si quiere usted escuchar un  
discurso de Pablo Iglesias o de algún revolucionario de los de  
antes, de los auténticos...

ÉL.— ¿Y la lluvia, y los lobos, y los doscientos kilómetros?

ELLA.— Todo eso es cierto, se lo aseguro. No es cosa mía. Quizá  
se encuentre usted bajo un embrujo superior, a veces pasa.

ÉL.— ¿A veces...? ¿Dónde pasan esas cosas a veces? Porque yo  
he viajado mucho y no...

ELLA.— Es que su profesión es poco dada a metafísicas. Creo que  
ese es su verdadero problema.

ÉL.— No señora, no. Mi problema es que tengo que llegar a una

cita urgente y mis socios no van a entender que el índice Dow Jones depende ahora de Pablo Iglesias.

ELLA.— ¿Por qué se empeñan ustedes en entenderlo todo?  
¿Nunca ha pensado que las cosas más importantes carecen de sentido?

ÉL.— Mire, no me... (*Bebe.*) Perdone, pero creo que estoy terminando la botella. Con tanto sobresalto...

ELLA.— Quizá haya entrado usted en la dimensión de los privilegiados. Una dimensión muy alta, como antes fue trapecista.

ÉL.— Sí, ¡menudo privilegio! (*Algo bebido, susurra.*) Jesús Mario, la madre que te parió, mamonazo.

ELLA.— ¿Llama usted a alguien?

ÉL.— Me pondría a gritar, a ver si me sacan de aquí aunque sea con camisa de fuerza.

ELLA.— Puede usted rezar. Santos no faltan.

ÉL.— No soy creyente. Eso no sirve.

ELLA.— Yo tampoco lo era. Pero con el tiempo me di cuenta de que entre confiar en una utopía política o en un más allá que nos libre del consumo pelón, apenas había diferencia. O se cree en todo... o no se puede creer en nada. Es como la teología de la liberación, pero sin censura eclesiástica.

ÉL.— Y con la fe le llegaron los poderes, supongo.

ELLA.— Esa es otra historia... tan real como la suya del circo. Comenzó en el velatorio de mi padre, que era locutor de radio en la dictadura franquista y murió de un ahogo de mentiras. Se quedó morado y se clavó el micrófono en un ojo. Estaba yo mirándole en su féretro y me guiñó el ojo bueno al tiempo que me decía: "Nena, acabo de entrar en el otro mundo y no veas la bronca que me están dando por ser fiel al generalísimo. Me dicen, además, que te han dotado de poderes especiales. Y que si no te has dado cuenta hasta ahora es porque andas entretenida con la lectura de panfletos anarquistas. Que te ejercites en la cosa mágica, y ya verás los resultados." Así de sencillo fue.

ÉL.— De lo más natural, ya lo creo.

(*Suenan cinco solemnes campanadas en un reloj cercano.*)

ÉL.— ¡Las cinco de la madrugada! (*Se asegura mirando su reloj.*)  
¡Vaya!, por lo menos esto es verdad.

(*El reloj añade tres campanadas más.*)

ÉL.— ¡Ya me extrañaba a mí!

ELLA.— Siempre marca la hora oficial y luego una propina, para demostrar que no le viene en gana sujetarse a las normas convencionales.

ÉL.— Un recuerdo de Nostradamus, imagino. ¡Las cinco y sin pegar un ojo, y sin llegar a ninguna parte!

ELLA.— Necesita descansar.

ÉL.— ¿Usted no?

ELLA.— Yo duermo a deshoras y en cualquier parte. Siento no poder ofrecerle una cama, las tengo prohibidas. Pero el sofá está a su disposición.

ÉL.— ¿Le han prohibido las camas desde el otro mundo?

ELLA.— Me las he prohibido yo misma. La cama es el símbolo de la frustración humana. Recurrimos a ellas cuando estamos enfermos o simplemente cansados, que también es una enfermedad pasajera. No nos echamos voluntariamente sobre ellas, es la vida la que nos tumba para que nos recuperemos de sus golpes y poder seguir machacándonos hasta matarnos.

ÉL.— (*Pícaro.*) También sirven para otras cosas...

ELLA.— ¡Ah!, sí. Para desgastar el amor hasta agotarlo. La cama representa el agotamiento en todas sus manifestaciones.

(*El hombre se siente mareado.*)

ÉL.— ¿Le importa que me siente un momento? El vino es fuerte y la situación se las trae.

ELLA.— Si desea dormir...

ÉL.— (*Aterrado.*) ¡De ninguna manera!

ELLA.— ¿Desconfía de algo?

ÉL.— (*Apretando contra sí el maletín.*) No, no... Es que hace años

que casi no duermo. He perdido la costumbre. La última vez que me quedé dormido me desperté con dos padres y dos madres.

ELLA.— No caigo en el enigma.

ÉL.— Fue una noche en que mi padre le confesó a mi madre que estaba locamente enamorado de su socio inglés, Paul. Ella, por despecho, se lió de inmediato con su mejor amiga, huérfana de militar. Cuando me desperté se había multiplicado la institución familiar.

ELLA.— Quizá por eso se hizo trapequista.

ÉL.— Algo tuvo que ver, sí. Según el psiquiatra, la patología era clara: se me colgó el ego porque mi libido, todavía edípica, sufrió un violento trauma inconsciente donde el “yo”, el “super-yo” y el “ello” no sabían a qué atenerse, los pobres.

ELLA.— Se cae de su peso.

ÉL.— Eso pensé yo cuando recibí la factura del argentino. Y usted, antes de dedicarse a forrar muebles, ¿qué hacía?

ELLA.— Preparar la revolución social y estudiar astronomía por si las cosas salían mal.

ÉL.— *(Acomodándose.)* Tenía usted razón.

ELLA.— No salieron bien, no.

ÉL.— Me refiero al sofá, es sumamente acogedor.

ELLA.— Todo en esta casa lo es. *(Con oscura intención.)* Ya se irá dando cuenta, ya.

*(El hombre no puede mantener los ojos abiertos. ELLA sonrío y entona una canción.)*

ELLA.— Érase una vez  
un lobito bueno,  
al que maltrataban  
todos los corderos.

ÉL.— *(Sobresaltado.)* ¡No! ¡Más lobos no, por favor!

ELLA.— Es una vieja nana relajante. Duerma, duerma.

ÉL.— ¿Cómo voy a dormir si no deja de cantar? Además, he perdido... La culpa es de mis padres. La culpa de todo siempre la tienen los padres: los naturales, los espirituales, los



apostólicos, los de la patria, los...

*(El hombre queda profundamente dormido sin soltar su misterioso maletín. Sonrisa amplia de la mujer que coloca dos candelabros en el centro de la escena. Comienza una extraña ceremonia.)*

ELLA.— *(Muy en bruja.)* ¡Yo os conjuro, amados poderes del más allá para que el más acá me salga a pedir de boca! A vosotros os exhorto: Elvis, Santa Teresa, Beatles, San Antonio, Marx, San Judas, Mao, San Antonio de todos los santos. Os pido que entre todos logréis que este pelele enmaletado haga todo lo que yo deseo. Que su alma, de tenerla, quede en manos de esta pitonisilla chungona para hacerme con ella un buen puro. ¡Por mis poderes reclamo vuestra energía! Que quien entró en mi casa sin permiso no salga de ella de rositas. ¡Que se cumpla lo que se tiene que cumplir!

*(Varios aspavientos acompañados de un viento enloquecido, aullidos de lobos, relámpagos y truenos. Risotada que se pierde en ecos al tiempo que la mujer sale de escena. Tras unos segundos de silencio, el hombre se incorpora totalmente despejado. Comprueba que está solo y utiliza de nuevo el teléfono.)*

ÉL.— ¡Jesús Mario! Espabila, que no está la noche para sueños profundos. ¡Tienes que hacer algo por mí! Esta mujer es un demonio. Más, mucho más que la tuya. ¡Dónde va a parar! Me hice el dormido y se marcó un conjuro que no veas. Quiere mi alma para fumársela. No sé si piensa anestesiarme o lo hará a lo vivo. Sospechar no creo que sospeche nada. ¿Y qué hago, la mato yo antes? *(Pausa mientras escucha.)* Mujer, sí. Y más bruja de lo normal, eso es. *(Pausa.)* Hombre, tú sabes que en ese sentido... *(Sonrisa complacida.)* Eres muy amable. No, si tienes razón, no suelo fallar con ellas. *(Escucha muy atento.)* La conquisto, sí. La seduzco, de acuerdo. La enamoro locamente, bueno. Y que me saque de aquí. Y que volveré con

dos pasajes para el carnaval de Río. ¡Como ya va disfrazada! Y que luego no vuelvo en la vida. No está mal pensado. Es que desde ahí se razona con más claridad. Pero si no funciona a ver cómo te las arreglas para presentarte aquí con los cascos azules. ¡Venga!

*(Guarda el teléfono y hace aparecer una pequeña cámara fotográfica. Toma varias fotografías. El último flash coincide con el oscuro total.)*

